

tres cuentos de  
FRANCISCO ESPINOLA

Lit  
863.6  
Esp  
los  
4-2

LOS CINCO - ¡QUE LASTIMA! - RANCHO EN LA NOCHE

68105



ARCA-Asociación de Relaciones Culturales Americanas  
(dirigida por estudiantes de la  
Facultad de Humanidades y Ciencias).

# INDICE.

Los cinco - - - - -	5
¡Qué lástima! - - - - -	13
Rancho en la noche - - - - -	21

## LOS CINCO.

El primer sábado de carnaval, exactamente a la hora des de la que se permite el disfraz —doce de la mañana— muy ansiosos después del largo aguardar ya prontos, aparecen los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizas hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia consiguen que sus cabalgaduras avancen. A fuerza de "¡Bah!...¡Bah!...¡Caballo!..!"

El caballo lo forma un arco de alambres retorcidos en forma de sección horizontal de equino, que se sujeta con un cordón desde los hombros y pende al nivel de la cintura. Queda, pues, el armatoste por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cae alrededor y oculta los alambres y sostenes. A su vez, el armazón que insinúa las formas del animal sostiene una tela de arpillera que llega hasta el suelo, ocultando los pies. De trapo bien forrados son el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Como de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vienen, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien ariscos, redomones, que se echan atrás por cualquier cosa levantando nubes de polvo. Los brazos armados de rebenque se alzan entonces y se abaten, punitivos. Y los parejeros saltan locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también rabian, ya agotada la paciencia. Y a golpe y grito obligan a adelantar a

sus pingos, que en vano hacen por librarse, con brincos, de los crueles emponchados.

Pasan el camposanto, serias las caras, sombreros en mano —las cosas allí no son juguete— aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que caracolean al llegar y sólo a fuerza de "chupadas" pacientes, cruzan. En seguida aflojan riendas. Y al airoso galopito avanzan hacia las canteras que bordean el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, sale la gente por ver. Y otra vez hay que recurrir al rebenque, porque los fletes se asustan. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecen tiesos, abajo es una cosa tremenda. Los brincos, en ocasiones, dejan ver alpargatas y piernas. El polvo arde en las narices...

En la puerta de la taberna azuzan con gritos, aviesamente.

— ¡Flor de jinete!

— ¡A qué no lo volteas!

Y al que marcha adelante —patrón o jefe— parece que ya lo va a tirar su parejero. O, peor, que el flete ya se va a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegan en brincos. A los otros cuatro también los traen mal. Porque son botes arteros, inesperados, los de estas bestias de cola casi dura y completamente rígidos cogote y testa...

Nadie vio quién fue; pero lo cierto es que, de pronto, un fósforo arrojado con malhadada puntería enciende el poncho y el arnés del que va adelante. Y mientras los otros cuatro se paran en seco, aquél, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero que se le cae por un costado, entre llamaradas, corre hacia la cantera, con la cara trágica.

— ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! — y se precipita en el agua.

Del despacho de bebidas salen todos.

- ¡Eso está mal! ¡Eso está mal! - protestan, imposibilitados de apearse, los compañeros del accidentado, corriendo hacia la profunda cantera, dejando lo otro también para después.

Se corona de gente el ancho pozo. Abajo, a cinco metros, flota el caballero y emergen la cabeza y el cogote de su indesprendible cabalgadura.

- ¡Consigan una piola!... ¡Pero mire qué cosa! - grita con voz resonante.

- ¡Si se corre más acá, hace pie, don!

- ¿Para adónde? ¿Para allí?

- Síiii.

- ¡Bueno!

Y se corre. Y hace pie.

- Bueno, ¿y van a traer piola?

- Síiii! ¡Pantaleón fue a traer la del pózooo!

- ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Dejenós pasar a nosotros, que somos los compañeros de él, pues!

- ¡Pero mire qué cosa!

Para ver, los compañeros deben asomarse de lado. Con engorro acomodan sus caballos paralelamente al borde de la cantera y, bien echados a un costado, sacan la cabeza. Cuando sube un "¡Pero qué cosa!", ellos sueltan, también, hacia abajo:

- ¡Pero, pero qué cosa! ¡Pero, pero qué cosa!

- ¿Se mojó el caballo? - hace descender uno.

- ¡Sí, está empapado!

- ¡Pero mire qué cosa!

- ¡Guarda! ¡Den paso! ¡Guarda!

Son Pantaleón y su cuerda.

- ¡Agarresé!... ¡Y con los pies vaya ayudándooo!

- Sí, pero... ¡y no ve! - sube del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estorba.

- ¡Ladeeló para el costado! Echelé el cogote para el costado y usted corrasé para el otro costado!...

- ¿Cómo? ¿Así?

Nadie responde. Es que se oye ruido de cascos a todo lo que dan.

- ¡Viene el sargento! ¡Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasa frente al camposanto un indiazó uniformado.

Pantaleón, que ha tomado la cabeza, vuelve a atender el foso porque hacen fuerza en la piola. Es que ya vienen subiendo cabalgadura y jinete. Aquélla, rígidos cuello y cabeza; éste, de costado, como cabalgando a lo mujer. Los dos, a chorros.

- ¡Ayude uno, que pesa una barbaridad por el agua!...

Y suelta la piola, dándose vuelta para atender a sus espaldas. Y chasquea abajo un violento chapoteo. Porque, ya cerca, el caballo del sargento se asusta de los otros cuatro caballos y se sienta en los garrones.

Castiga el policia. Clava espuelas. La bestia, bufando, se hace un arco, corcovea, mientras al frente los otros cuatro jinetes se arremolinan sin saber dónde meterse. Son brasas los ojos del caballo policial. Y por la boca le asoma como una espuma.

Pantaleón, volviendo a atender a la piola, grita a los amigos del caído:

- ¡Retirensén para que se acerque el señor!...

- ¿Y para dónde?

- ¡Retirensén para atrás del montecito!

A extraño, largo tranco desgarrado, provocando otra sentada y nuevos bufidos, los cuatro atraviesan media cuadra y se ocultan entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llega al borde de la cantera. En eso asoma el jinete, sin sombrero y hecho so pa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

El caballo del sargento se para de manos. Abre la boca con horror. Revuelve los ojos.

- ¡Pero retiresé, pues, usté también, hasta que este otro acabe de salir!

Ante lo imperioso del tono, el sargento talonea hacia el montecito de sauces...

- ¡Para ahí no! ¡Para ahí no! ¡que están los otros!

Desvía el policiano y va a apostarse junto al cementerio.

- ¡Pero qué cosa, amigo!

Ya ha pisado en firme el emponchado. Se escurre el agua. Y dispone el poncho en torno al armazón en cuyo medio está. La quemazón ha sido abajo. Se le ven las piernas casi hasta las corvas.

Por eso, porque esto ya se aleja demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopla entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

- ¡Pero qué cosa, amigo!

- Bueno, ahora tiene que acompañarme hasta la comi-saría.

- ¡A mí!, ¡a mí que no hice nada!, ¡por Dios bendito!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el arma toste que pende de sus hombros, hacen retroceder entre gran des botes al sargento, cuyo caballo vuelve a dar miedo con esos ojos y boca.

Se arremolina la gente. Y allá, del monte donde echan do sus pingos para un costado consiguan los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surge un clamor.

- ¡Para llevarlo a él, tienen que llevarnos a todos no

tros!

Y salen del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirma en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Va a dar el policía, contra su voluntad, otra vez al campo santo. Y desde allí, sacando el silbato, toca llamada de auxilio.

Cada aguda pitada produce a su bestia el efecto de un espolazo. Tiembla y se arquea como si le sangrasen los ijares.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferencian en voz baja.

— Yo creo que si no nos entregamos va a ser peor.

— Sí, vamos a entregarnos.

El sargento descabalga en este momento para poner las riendas en manos de un negro cuya marcha detiene con imperio. Se acerca a pie. Le resuena el sable.

— Tienen que marchar a prestar declaración, los señores.

Pantaleón, la piola de a rastras, se aleja corriendo al recordar que dejó el despacho a solas y con parroquianos.

Nadie ha acudido a las pitadas. El sargento decide emprender la marcha.

— ¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, ellos; detrás, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le ven claramente los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchan al tranco, no se les ve nada. Los cinco han perdido bríos. Nadie reconocería en éste al mismo grupo que, ratos antes, con tanta fogocidad se aproximaba al cementerio.

Ya entran al pueblo, cuando el jinete delantero, es decir, él y su caballo, empiezan a caminar con dificultad, casi cojeando. Es que se les ha aflojado una alpargata.

A trechos se detienen y afirman el pie en el suelo, res-tregándolo. Por conservar la distancia, gracias a la cual man tiene tranquila a su cabalgadura, el sargento también se de-tiene.

Uno de los compañeros se aparea al del engorro. Este sa ca el pie hacia atrás, con la alpargata que cuelga ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo, consigue tocarla, la falta de equilibrio lleva al descalzado, costalando, contra una casa.

- ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Ahora se van a quedar toda la tar de? ¡Si se cae que se caiga, no más!

Se asoma gente a la calle. Y llama alborozada para que acuda más.

Un niño, advirtiendo el abandono de la alpargata, corre solícito y la entrega al de pie en el suelo. Este la agarra, abru mado; mira y la apoya sobre el duro cuello de trapos retorci-dos de su parejero. Pero de un despacho parten pullas. Los ca balleros se enardecen. Y como de la otra acera también los befan, ellos dan el frente a un lado y a otro, mudos, con ojos de brasa. Los armatostes siguen sus movimientos, acentuán-dose. Dan la sensación de que se reaniman, de que retornan por sus arisqueces.

Sin entender la causa, el sargento grita, a la distancia:

- ¡Oh! ¿Y ahora vuelven a creerse que están de fiesta? ¿Se creen que esto es chacota?

Los arreados, sudorosos, llegan. En la puerta está un sol dado de guardia. De estatura tan pequeña que el más peque-ño traje policial de todo el Departamento le quedó grandísi-mo. Hasta que se halló otro más chico que también le quedó grande.

Se echa atrás el casco para observar a los cinco, con los párpados entornados.

Salvo uno, los demás están insuperables. Recuerda al instante que, cierta vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

- ¡Páselos! - grita el sargento, deteniendo su caballo a quince metros.

Se descubren los jinetes y entran circundados por el suave rumor de las zapatillas.

Es un corredor largo. A la izquierda, están los calabozos. Delante de los cinco, que a la vez, inexorablemente, van detrás de un cogote y de una cabeza rígidos, el arrobado soldadote pasa sin detenerse frente a las pequeñas puertas y sigue hasta llegar al fondo.

- ¡Qué colosales! - se dice tornando la cabeza, de vez en cuando, con encanto.

E indicando, no hacia los calabozos, sino hacia el portón de las caballerizas, dice:

- ¡Adentro!

Se asoman los caballeros. Se asoman, a penas. Porque entre un brusco estrépito, derribándolos, derribando también al embelesado, saltan sobre ellos tres caballos, hacia la calle, despavoridos.

(1933)

QUE LASTIMA'

Paró la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido:

- ¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!

Sosa ni caso había hecho cuando, media hora antes, vio recortarse en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto en una sensación penosa que lo embarga frecuentemente. Pero al rato, cuando separado ya el pulpero oyó al otro cerrar la conversación con "¡Qué lástima que la gente sea tan pobre!", la sensación, de golpe, cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo.

¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor... A nadie culpaba. Cual si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

- ¡Eso está bien! - se dijo para sus adentros Sosa.

Y le pareció que rozaba todo su cuerpo desmirriado, como acariciándose a sí mismo, contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra.

Con interés afectuoso observó. El desconocido era casi tan alto como él; y él era largo, de veras. Y, como él, flaco. Lampiño, y él tenía bigote. De botas raídas, y él con alpargatas. Los pantalones, a lo mejor, eran a media canilla, como los suyos. Pero, con las botas, los extremos no se veían.

- A ver, caballero, ¿qué se va a servir?

*Substancias y esencia que otu*

El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invita do era él porque no había más nadie.

- Otra caña - añadió posando en Sosa una mirada tierní sima.

El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió sin decir palabra, llenó asimismo su gran "vaso particular" y tornó con él al rincón donde, entre el mos trador y la desmantelada estantería, sobre una pequeña mesa, escribía entre borrones la carta que cierta muchacha de las mancebías le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de ocasión cuando el vendedor le dijo a boca de jarro: "Usted lo que precisa es lentes".

Si no se lo hubiera dicho así, de golpe... El negro, des de su candidez tocada, aunque cabeceando un poco, sintió que no podía hacer otra cosa que sacar el dinero...

- ¿Es forastero el señor?

- Es verdá. Vengo de Santa Escilda. Y medio ando por encontrar conchabo en la curtiembre de los Bastos.

- Buena gente, sin despreciar... ; Salú!

Y alzó el vaso amarillo.

Entró un perrito a la taberna. Y tras él una mujer muy lla mativamente acicalada que, mientras adquiría, buscó inútil mente con los ojos la mirada de los que estaban allí.

- ¡Este hombre es muy gente! - pensaba Sosa.

Y comprendió que estimaba al desconocido con un cari ño sin tiempo.

Quando la joven se retiró sin haber conseguido ni por un momento atraer la atención de los amigos, Sosa se había ale jado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la men te un carrito de pértigo y una yegua tordilla sobre la cual se vio al momento salir del monte con una carga muy grande.

Con ahinco trató de echar las imágenes por lo menos dentro del monte, otra vez. Pero infructuosamente. Tuvo que volver, pues, con ellos, al hombre que tenía al frente. Y dijo, al principio sin saber a dónde iría a parar; después, desde una grave firmeza:

- Yo tengo un carro y una yegua, caballero... Me la re busco monteando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua estamos a la disposición.

- Se agradece en lo que vale. ¡Salú!

Se alzaron los vasos, inseguros.

Sobre el mostrador pendía la lámpara. Las sombras de los amigos se acortaban. Ellos callaban. Bebían caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel "¡Qué lástima, qué lástima que los hombres sean tan pobres!", que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un "¡Qué lástima!", sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía más allá de las nubes y las mostraba así, desoladas, míseras, a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor.

Con el índice mesaba los pelos del bigote contra ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato, Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jadeo de una locomotora.

El patrón, en un instante, al beber gran trago de caña, los miró fijo. Pero sin verlos, abstraído, inclinando a un costado el sombrero para rascarse las motas ya grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño lo que la muchacha le recomendara, se inquietó de súbito. Desde el principio de la escritura el corazón del negro se había ido conmoviendo secretamente. El nunca hizo cartas. No tenía a quién. Y esto

que anotaba a pedido venía tan bien con lo que podía confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un sorbo de caña, corría sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo: "Las cosas marchan muy mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes no volverán nunca más..."

El negro vaciló, parpadeando. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó por su cuenta, atraído como por una voz que lo llamaba desde el fondo de su ser: "Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie, nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!" — *Sobald*

Algún recuerdo muy hundido fue tocado por esta frase; pero la conciencia manoteó de nuevo, por suerte, la imagen de la muchacha y, con ello, las verdaderas palabras a revelar en la carta hicieron presente su expectación. Lo que debía seguir era: "Voy a comprarme una pollera azul y un saquito blanco..." Esto, pues, lo volvió por entero a la realidad. Allí fue donde el negro quedó en desazón. Incluyó a un costado el sombrero. Sin verlos, miró a los dos largos parrotianos. Dejó la pluma. Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran "vaso particular". La vista le oscilaba.

— Otra galleta, haga el bien.

Estaban bastante cargados. El tabernero sirvió y tornó a su pequeña mesa. Y por no recordar el acongojante giro que había tomado la misiva, comenzó a turbarse con cosas menos embargantes. Las manazas sobre el manchado pliego de papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedido de fiado o a una fuga intempestiva o a un seco "Aquí no pagamos nada y se acabó", se puso a la expectativa.

— Yo en seguida me di cuenta, Juan Pedro, que usted era una persona gente — confiaba tiernamente Sosa al que acababa de revelarle el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo, alto, flaco, pantalón muy por encima del tobillo – como el pantalón de él, sí, si el no tuviera botas, – posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada.

Y vuelta a aparecérselo a Sosa el carro y la yegua tordilla. Y vuelta a llevarlos, ahora ufano y dichoso, hacia su campo.

–Usted, Juan Pedro, cuando quiera la yegua, va a mi casa y la saca. ¿Fuma otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy torpes, lió un cigarro, encendió y dejó salir libremente, de toda la boca, el humo.

–Usted, cuando la precise, va, no más, a mi casa y saca la yegua... Y si yo no estoy, la saca lo mismo.

Vaciló. La realidad no daba más y su ardiente pasión que ría más, todavía. Y arrolló la realidad. Y salió al otro lado, terriblemente amoroso, diciendo:

–Y si la yegua no está... ¡Usted la saca lo mismo!

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió hasta el estremecimiento a Juan Pedro. No advirtió que faltaría la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Porque lo cierto es que "si la yegua no está, la saca lo mismo", se le quedó bien grabado y era lo único que permanecía firme entre cosas que comenzaban a tambalearse.

Volvió a mirar a su amigo. Pero apenas si lo veía. Se veía él, él solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa. Se quería a sí mismo, ahora, y ascendía en alas de su amor, sobre los mundos. Llevándose la mano a la cara, comenzó a acariciarse la sonrisa.

–La yegua es suya, amigo Juan Pedro –seguía Sosa por su lado, implacablemente generoso, con los ojos apagándosele.

Juan Pedro, que no pudo soportar sino por breve tiempo su delirio, había posado otra vez en tierra, ahora contrito. ¿Qué podía dar él en retribución a aquel corazón fraterno? ¿O qué decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar. Cierta caballo de que una vez fue dueño de pronto se le apareció y espantó su sonrisa. Lo vendió al llegar a Santa Escilda porque, por desgracia, ¿para qué quería caballo en aquel pequeño villorio? Cuando comprendió para qué lo quería —para quererlo, precisamente— era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino siguió con un tropero hacia "La Tablada", allá tan lejos. Y pasó de regreso, a los días. Y volvió a cruzar como al mes. Hasta que caballo y tropero desaparecieron. ¡El, él lo había vendido! ¡A aquel caballo amigo! Y el amigo pasaba y repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada. Y sobre todo cuando ya no pasó más. Ni en un mes, ni en dos: nunca más.

—La yegua es suya...

—¡No, compañero! ¡La yegua no es mía, es suya!

El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y, a una señal de Sosa, trajo otra vuelta.

—Es suya, digo.

—¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo!

—¡No, Sosa, no!

Y la mirada se le mojaba en lágrimas.

—Vamos, compañero, la yegua es suya.

—¡No, no es mía; no es mía!

—Es que usted no me entiende lo que le quiero decir— advirtió Sosa, por fin.

Bebió un trago, chupó sin advertir que inútilmente la apagada colilla y explicó, recalcando las palabras:

- Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya.

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos, tan altos y flacos, de botas el uno, de alpargatas el otro, se estrecharon palmoteándose suavemente las espaldas, bajo los ojos del negro cuyo espíritu había caído en la conversación como en un remolino y no hallaba nada en qué agarrarse.

Un indio que entraba desaprensivamente a la taberna se detuvo bruscamente. Pero convencido de que aquello no era pelea, se aproximó al mostrador, pidió y bebió sin respirar.

- ¿Y qué es de esa preciosa vida?

- Bien, por el momento -contestó el negro después de un silencio, porque la pregunta le tardó en llegar y la respuesta en salir.

De inmediato, sin embargo, tuvo la sensación de que lo habían sacado como de un sumidero.

Salió el indio. Ya en la calle su voz se oyó entre risotadas.

-Cómo ladraban los perros, lejos, desde el fondo de la noche!

-Yo soy así! ¡Yo soy así! -sostenía Sosa golpeándose el pecho frenético de dicha.

Ahora sí lo había empezado a ver otra vez Juan Pedro. Medio borroso, pero lo veía. Percibía el bigote de Sosa, sus pantalones por encima del tobillo, sus alpargatas. ¡Era tan extraño aquello! El no le miraba más que la parte superior del cuerpo. Y lo veía, sin embargo, hasta los pantalones y las alpargatas.

Ya no podían más de caña.

- ¿Qué le parece... si saliéramos... un poco... a refrescarnos... y después volvemos... a tomar?

Juan Pedro aceptó con un cabeceo. El tabernero se caló

los lentes, echó atrás el sombrero y sumó. Sucesivas rectificaciones fueron contraproducentes. A cada vez el resultado era distinto. Se sacó el sombrero. Llevó al mostrador su "vaso particular" y le bebió el último sorbo. Su cabeza de grises motas volvió a inclinarse. Después de aquel breve descanso se resolvió a sumar por última vez y a tomar aquel resultado como definitivo. Con la conciencia ya más firme dio a cada cual su vuelto. Pero perdió pie de nuevo cuando oyó que Juan Pedro decía a su amigo Sosa:

-¿Vamos saliendo, Juan Pedro?

El espíritu del negro, quien ya se acomodaba otra vez el sombrero, flotó un momento en el vacío. Y como el ventarrón a una hojita, así se lo llevó lejos lo que, desde la puerta, al rodear con el brazo el cuello de su camarada, exclamó Sosa:

-¡Cuidao, Sosa, cuidao con el escalón!

Sin mirar, el negro vio la mesa, el lapicero, la carta. Y vio cruzar todo veloz. Y hundirse allá en el fondo de aquello donde ladraban, ladraban los perros...

Se sacó el sombrero.

(1933).

## RANCHO EN LA NOCHE .

Sobre la tierra de los hombres, nada  
verá el ojo más blanco que aquel blanco.

D'Annunzio.

A la luna luminosamente inmóvil, lejana y casta hija de los cielos, ¿qué dicen, palpitantes, las estrellas? "—¿Qué bella eres! — cantan—. ¿Qué blancura tan blanca! ;No hay blanca más blanca que tu blanco! ;Santo blanco, tu blanco! ;Blanco santo!"

Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanco, más blanco, todavía: más blanco que lo blanco. Y el aire difunde sobre los bosques y los ríos y la pradera y el inmenso océano; y sobre este rancho, aquí mísero: "¿Qué hermosa eres, blanca! ;No hay blancura más blanca!"

Dentro —negro terrón, paja dorada—, dos Malvones se es tiran por ver; y un Cisne. Por ver entrar al Angel y al Perro. Del brazo. Marcial éste, en su marcha, para darse ufanía. ;Qué hermosa cola y qué alas tan finas! Blancas, éstas. Negra la cola rígida. Tremenda.

—¿Qué manera de hacer calor!

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Ah, sí, hace un calor! Pero no es nada, ¿no es cier-

to?

- No es nada, no; no es nada.

Un gallo, dos mustias Margaritas, León remendado, rodeándolos. Y tornan todos la mirada hacia la puerta. Claveles y Juan Pérez, son. Gordos, los Claveles, y rojos. El, de inmaculadas zapatillas blancas. Junto al grave silencio del Pero y del León, Juan Pérez ha puesto el suyo, dulce. Y la blancura de sus zapatillas.

- ¡Adiós, querida! ¡Qué alas tan lindas!

- ¡No, qué...! ¡Lindas son tus hojitas verdes en la cintura!

Estrépito de latas chisporrotea v crepita. Que en el patio, sobre tarros y escandalosos jarros, una cabalgadura de alambre y trapo ha ido a costalar, resonándolos. Jinetes barbudos irrumpen en la sala. ¡Oh!, a saltos en la sala, desparramando sillas y gente hacia los rincones, contra la pared.

- ¡Mis alas! ¡Ay mis alas!

En los botes y brincos las gualdrapas descubren, en vez de casco, pantalón y alpargata. El polvo se levanta. Nubecillas al techo, paja de oro. El Arbol, que va a entrar desaprensivo, piensa en su frágil profusión de ramas y, prudente, permanece en el patio, expectante. El polvo es como humo. Un ventanillo ya ábrese a la noche. A la diáfana libertad ofrecida entrégase el polvo, desvanécese entre cánticos: "No hay blancura más blanca que su blanco..." Embebecida en un sueño más blanco, todavía, ella, la cantada, no puede escuchar. Imposible librarse de sí misma. Sorda y ciega de tan blanca está. Y el polvo sube y trema asordinado y exacto: "¡Oh, qué blanco tan blanco el de su blanco!".

- ¡Que lo tira! ¡Sujete! ¡Ay, Dios, qué brincos!

Se ha escapado una alpargata. Voló y posó sobre las faldas verdes.

-¿De cuál de los tres es esto que me cayó en las faldas?

Hay que volver al patio a sujetar mejor la cinta, pues... Al patio pálido de luna y de dos linternas, dos faroles amarillos; de luna embebecida en sí misma, cerrada en blanco, abierta sólo a su interior, más blanco, todavía, y demasiado alta e inasible, empero, para la corta mirada macilenta y sucia y desvanecida de amor, de las linternas. Suena la tierra entera: piedra y monte y agua y carne, ahora emblanquecidos. Sueña la tierra entera, ahora: "¿Dónde, dónde blanca ya más blanca? ¡Ninguno así de blanco entre los blancos!"

Y Juan Pérez, ahora, en medio de la sala, con sus zapatillas blancas y su sonrisa pegada, que aletea y no huye, como mariposa viva con alfiler. Y el León, el Perro, Margaritas, el Cisne, muda Sota de Espadas, y Claveles y el Angel. Y ya también, asimismo -tras el Arbol al que hay que doblarle las ramas con dificultad para que pueda transponer el estrecho, bajo dintel- la Muerte. La Muerte, sí, con su guadaña y su farol que ha dejado en el suelo para ayudar a que el Arbol logre el pasaje; filo mellado y color de lumbre que empuña nuevamente, ahora, entrando.

-¡Jesús! ¡Por Dios! ¡Que salga!

-¡Que la echen!

El Oso lento y dócil y cansado. Enhiesto, arriba; abajo, chueco. Y el domador cazarro: parla y látigo. Más polvo hacia lo blanco, a cada golpe y a aquel danzar como de escobas, levantador de polvo, patizambo.

- ¡Qué tierra!

- ¡Pare al instante el bicho!

- ¡A ver, que riego! ¡Juan Pérez, que salpico!

- ¡Para atrás, Juan Pérez, por su bien, que salpica!

Ya van a sonar las guitarras. Ya están sonando. Y el acor

deón se apresta a seguirlas, jadeante, cojo.

-"; Oh! ; Oh!... ; Oh! ; Oh!... ; Qué cosa!" -musitan las guitarras, cuchichean entre ellas, obscuramente.

-; Qué linda, ay, Dios!, ; qué linda pieza es la que va a empezar!

-¿ Por qué, C'lavel, es tan indiferente? Yo soy bueno... Yo soy trabajador -ha dicho el Perro, trémulo.

-; Esas ramas, ay!

-; Cuidado con sus ramas!

-; Ay, qué fastidio! ; Esas ramas que arañan!

-; Es que es de balde, no se puede bailar así vestido! Tíreme esta rama para aquí y la otra para allá. ¿ No ve que de frente se me doblan todas para atrás? Y ahora sáqueme a mí despacito para el patio. ¿ No ve que me estoy descascarando y se me ve un poco la camiseta?

-"; Oh" -ha gemido el acordeón-. "Estaba lloviendo mucho, y yo me mojaba todo. Y golpeaba a su puerta... Y ella no abría. Pero me oía, sí. No estaba durmiendo. Me oía. Me oía... Me oía..."

-"; Oh! ; Oh! -las guitarras dejan brotar en trabazón obscura-. "; Oh! ; Oh! ; Qué cosa!"

-"; No estaba durmiendo, no! ; Me oía! -vuelve a quejarse, desde su fatiga, el acordeón-. "No estaba dormida... Y había puesto trancas a la puerta. Y me dejaba golpear... y mojarme mucho, ; todo!"

-"; Oh! ; Oh!" -murmuran las guitarras, obscuramente-. "; Oh! ; Oh!, ; ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ; Y ella, detrás, escucha todo.. y ríe!"

Y el acordeón, tosiendo, desde su cansancio, desde su asma, las alcanza, cojeando. Y ya para callarse, les confía:

-"; Estoy todo mojado!... ; Me estoy muriendo de frío!... ; Me estoy muriendo de este frío!"

Las cuerdas agudas sufren un grito lastimero. Y una mano se interpone para que no vean las inocentes. Un brusco borzoneo —sí, una mano— que las ciega, piadosa...

—¡Ah!, le han dicho a la Muerte que se vaya al patio, entre los borrachos, y no vuelva más aquí; que a cada momento se pega una en su guadaña o da en su farol; y se horroriza!

—Y a Juan Pérez también se lo han dicho. Si no sabe bailar, le dijeron, váyase al patio, porque la sala es chica... ¡Y él estorba por diez porque tiende las manos para que no se le acerquen y le pisen las zapatillas!

—¡Qué lindo es, Sota de Espadas, estar de fiesta y no acordarse de nada!

—¡Sí, pero usted lava, ¿no es cierto?

— Sí, ¿no ve las manos? Antes todos tenían que hacer con mis manos. Y me gustaría sentarme, pero tengo que estar parada toda la noche por las alas. En el respaldo se me arrugan todas...

Por el ventanuco, desde afuera, el Arbol y la Muerte miran la danza, tristemente. Y tragan polvo. Que éste sube hacia el fleco multicolor de las guirnaldas. Y sigue, vaga arriba, rozando la pajiza techumbre de oro muerto, y sale entre los cariacontecidos asomados, y se pega a los pliegues del humo de la hornalla del patio, por ascender más pronto hacia lo diáfano. Donde las estrellas... Pero no, ¡ay!, están gimiendo; gritan, ahora las estrellas. Claman, gritan porque la blanca, tan blanca luna advierta, saliendo de su ensueño, a la famélica nube negra, agazapada, en acecho tras los horizontes. Can rabioso, serpe pífida. Toda ojos de cueva, agazapada frente a la ensofiante...

Otra vez ruedan latas con escándalo, que en la dome del patio, un potro de arpillera, ahora en jirones, ha volte

ado al oso -dormido en su borrachera- patas arriba, sobre jarrones y tarros... Pata de Palo -bota y palo- tira de él en tierra y lo levanta. Y el Oso retribuye, a su vez, sosteniendo al salvador, que tambalea.

-"; Oh! ; Oh!... ; Oh! ; Oh! -murmuran adentro ellas, las guitarras, obscuramente-. "; Oh! ; Oh!"

-; Qué trabajo para hacerse la cola!

- No, parece. Y es del año pasado.

-; Ah, usted... la guarda!

- Sí, la guardo... y después me la pongo.

-"; Oh! ; Oh!... ; Oh! ; Oh!"

-"; Pero me oía, sí! ; No estaba dormida, me oía!..."

-"; Oh! ; Oh! ; Ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ; Y ella, detrás, escucha todo, y ríe!"

-; Ay! ; A bailar conmigo entra Pata de Palo y está borracho como una cuba!

-; Pata de Palo, no empuje!

-; Pata de Palo, que me pisa!

-"; Oh! ; Oh!... ; Oh! ; Oh!..."

-"; Estoy mojado, todo mojado! ; Y me oye golpear por que está despierta!... ; Me oye, sí... sí... sí!..."

-"; Oh!, ; oh! ; Ha puesto gruesas trancas! ; Se va a morir de frío, de este frío!"

-; Pata de Palo, no bailo más!

Hecho una furia sale Pata de Palo en busca de Juan Pérez para que lo consuele. Juan Pérez vigila la bota y el palo y sus zapatillas inmaculadas, mientras se pone a consolar, caído el alfiler, volada la mariposa.

- Venga, Pata de Palo. Venga, Muerte. Vengan a tomar. Cuelgue su farol, Muerte, al lado de ese farol.

-"; Oh!, ; oh! ; Ha puesto trancas! ; Oh!, ; oh! ; Qué cosa! ; Lo va a matar.. de frío, de este frío!"

-Siéntense en estos bancos. Beba, primero, Pata de Palo. Y, ahora, que beba la Muerte. Yo, después, el último... Y, después, nosotros dos nos vamos y no vendremos nunca más. ¿Y usted, Muerte?

-¡Yo también me voy... y los tres no vendremos nunca más!

Otro farol, ahora, en el patio. Amarillo, sucio, desvanecido, el de la Muerte. Tres faroles, ahora, estirada su luz sin bríos hacia el polvo demasiado alto ya y hacia el humo lejano, que ascienden, ahora, enloquecidos, remolineantes, en torbellino. Porque las estrellas gritan, trizándose, que ya se arrastran, se arrastran la nube y su negrura: can rabioso, sierpe pérfida, ojos de cueva.

¡Y la luna, tan pálida, soñando!

¡Murió la blanca! La malvada nube negra duerme. Y las estrellas, dejando sin rutas al humo aquél y al polvo, en su fuga enloquecida...!

Silencio...Silencio... Junto a macilento color de lumbre que se pone en como cauteloso movimiento ya, silencio. Y, ahora, silencio y golpe... silencio y golpe... silencio y golpe...

-Sosténgame, Pata de Palo. Me voy a sacar las zapatillas, así no me las humedece el rocío. Sosténgame...

-¡Oh!, ¡oh!... ¡Oh-ía!... ¡Oh-ía!..."

¡Se cayó Pata de Palo!

-¡Oh!, ¡oh-ía!... ¡Oh!, ¡oh-ía!..."

Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe...

Silencio.

(1936).

Francisco Espínola confió a la SALA DE ESTUDIANTES DE MUSICOLOGIA, los tres manuscritos suyos que comprenden la presente edición.

No perdemos la oportunidad de señalar en estas líneas, su última obra, MILON O EL SER DEL CIRCO, donde intensa y bellamente estudia la dinámica de la estética contemporánea y su múltiple vigencia colectiva.

Las obras de este escritor tienen calidades que trascienden los límites de un arte, para interesar a todas las artes. Y sabido es que éste es el más noble y duradero atributo de los grandes.

## EDICIONES ARCA

- Nº 1 - Personalidad y obra de Eduardo Fabini,  
por Elsa Sabatés.
- Nº 2 - Pequeña introducción al estudio de la personalidad  
y obra de Luis Cluzeau Mortet,  
por Felicia B. Mari.
- Nº 3 - Iberoamérica en su música,  
por Andrés Pardo Tovar.
- Nº 4 - La poesía bucólica de Herrera y Reissig,  
por Manuel García Puertas.
- Nº 5 - Eduardo Fabini y el universalismo,  
por Martha A. de Sánchez.
- Nº 6 - El hombre y el medio musical en el Uruguay de hoy,  
por Pablo Mañé Garzón.
- Nº 7 - La creación artística popular en Brasil,  
por Paulo de Carvalho Neto.
- Nº 8 - Los cinco - ¡Qué lástima! - Rancho en la noche,  
tres cuentos de Francisco Espínola.

se imprimió en as el 27 de noviembre de 1959.